



BIBLIOTECA CATÓLICO-PROPAGANDISTA
Tejería, 40, 2.º

ADMINISTRACION, MERCADERES, 11
DIRECCION, NAVAS DE TOLOSA, 23, 2.º

EMPRESAS MANCAS

HABLANDO de lo que sucede en nuestros días y está como si dijésemos al alcance de la mano y se desarrolla ante nuestra vista, un fervoroso sacerdote y escritor de fibra recuerda el hecho de que muchas de esas acciones que se llaman sociales "limitan su espíritu católico a las cajas de ahorro, a los sindicatos, a las cajas dotales, a la colocación de trabajadores, a lo económico de la cuestión; pero que luego, lejos de aprovechar sus energías en el aspecto político de la misma cuestión social, prolongando en la esfera política la acción católica, fomentan el desbordamiento de estas energías en favor de una política liberal más o menos conservadora," y apunta esta realidad como una de las causas del fracaso de tantas empresas y obras aparentemente sanas y de tantos esfuerzos aparentemente fecundos y manifestamente estériles.

En lo expuesto quedan apuntados los dos vicios que esterilizan muchas de esas actuaciones sociales incapaces de hacer retroceder a la ola revolucionaria, y ni aun de contenerla. El primer vicio o defecto es que se trata de una acción manca frente a la actuación revolucionaria contraria: los socialistas, sindicalistas o anarquistas, tienen un ideal político y a él se dirigen por caminos rectos o curvados, por sendas o por atajos, según lo consientan las circunstancias: sus propósitos, más o menos velados, se cifran en aquel grito de la revolución social, *ni Dios ni amo*, que en el fondo se reduce a este solo postulado o principio: exclusión de

Dios de todas las manifestaciones de la vida, puesto que el amo o superior es una de esas manifestaciones en cualquier organización social sometida a los dictados de la ley natural. Más brevemente, la revolución actual, como todas las revoluciones, comenzando por la del Paraíso terrenal, se sintetiza en dos palabras: *No serviré*. O lo que es lo mismo: No queremos a Dios ni en el individuo, ni en la familia, ni en el trabajo, ni en el municipio, ni en la nación, ni en la vida internacional.

Lo natural y lógico fuera lo que dice el catecismo al hablar de los pecados capitales que se llaman mortales,

que contra estos siete vicios hay siete virtudes; o lo que es lo mismo, contra este programa de guerra a Dios, de raer su nombre bendito de la haz de la tierra, el contraprograma de bendito sea Dios y trabajemos por restaurar su ley santa e inmaculada en todos los órdenes de la vida, en el individuo, en la familia, en el taller, en la fábrica, en la ciudad, en el Estado, en la vida nacional y en la internacional.

Pues no señor, y aquí empiezan los atentados contra la lógica; muchas de esas obras sociales, es-

conden o disimulan lo que ahora se llama su confesionalidad, es decir, su carácter católico, y casi todas, o se glorían de su carácter impolítico, o cuando penetran en ese campo es para prescindir de la política católica y ayudar a la política que prescinde de Dios, a los partidos y empresas liberales más o menos conservadoras, como dice el famoso escritor a quien comentamos.

A la par de este vicio se desarrolla el otro que hace infecundas tales empresas, y que pudiéramos concretar en el olvido de la sociología del Evangelio. Porque, cier-

NAVARRA



BETELU.—Fábrica de chocolates de Julián Lazcano

Foto. M. L.

to que el hombre vive de pan, y para ese menester bien están las cajas, los fondos de reserva, los sindicatos, los seguros para la vejez, los mil y un recursos con que en muchas naciones de Europa se ha ensayado esta moderna propaganda, y en todas ¡ay! ha fracasado. El aspecto económico de la cuestión es importante, pero no es toda la cuestión; el hombre vive de pan, pero no solo de pan vive el hombre, según enseñanza de quien no puede engañarse ni engañarnos. Procurar, pues, que el pan de cada día sea tierno y blanco, nos parece cosa de sentido común; pero recordar que aunque el pan sea escaso y dado de limosna y formado de las sobras, en esa misma escasez y dureza hay virtud bastante para lograr el mayor éxito de la vida, nos parece de gran necesidad.

Y hay una página del Evangelio, la de Lázaro el pobre y el rico Epulón, que no solo tiene virtud de suyo para apagar la sed de muchas concupiscencias en el individuo, sino que puede salvar y redimir a las muchedumbres, a las sociedades y a las organizaciones sociales que obrando con la prudencia necesaria traten de asegurar la obra, edificando sobre piedra viva y no sobre la arena movible de la fuerza del número, del miedo al sacrificio, de las alianzas con los revolucionarios más o menos moderados y *aconfesionales*, y del afán de novedades que brillan como fuegos fatuos.

ESTANISLAO.



DONATIVO PARA "LA AVALANCHA,"

UNA distinguida y virtuosa señora pamploñesa cuyo nombre sentimos no se nos consienta hacer público, y en quien todas las obras de piedad y celo han tenido siempre eficaz apoyo, convencida de la necesidad en que se encuentra la prensa católica de la ayuda de todos los buenos, nos ha favorecido con un donativo de trescientas pesetas para LA AVALANCHA.

La carestía actual del papel, la mano de obra, etc., han aumentado de un modo considerable nuestros gastos, creando una situación realmente difícil a nuestra revista.

Esperamos con plena confianza que el hermoso ejemplo de esta respetable señora ha de tener otros imitadores entre nuestros queridos paisanos los católicos navarros, que no consentirán llegue a desaparecer LA AVALANCHA, publicación dedicada exclusivamente a propagar la sana doctrina y las glorias de este antiguo Reino, y órgano de la "Biblioteca Católico-Propagandista", que en los años que cuenta de existencia ha repartido por millones hojitas y folletos de católicas y saludables lecturas, mereciendo por ello los más calurosos elogios de propagandistas tan insignes como Sardá y Salvany, P. Garzón (q. e. g. e.), P. Vilaríño, P. Ortiz y otros.

A la católica dama que ha tenido la bondad de distinguirnos con su valioso donativo, queremos manifestar en estas líneas la expresión de nuestro sincero agradecimiento, y pedimos a nuestra excelsa Patrona la Virgen del Camino, en estos días de su solemne octava, premie como se merece este rasgo nobilísimo de verdadera caridad cristiana hecho en memoria de su difunto esposo.

De nuestro carácter nacional

(Continuación)

Pero no es solo inútil y bárbaro el vocablo; es otra cosa peor, es un concepto anticristiano.

Desde luego, por más que los que la invocan pretenden escudarse con el Evangelio, idea tan incompleta, tan mezquina, sentimiento tan pobre y menguado no ha salido del insondable, del infinito Corazón de Jesucristo. El primero que quiso generalizar el amor del hombre a lo que es del hombre fué Cicerón, al decir: *Charitas humani generis*. Es necesario, sin embargo, explicar esta frase del grande orador latino. Caridad, en primer lugar, de ninguna manera significa en sus labios la suprema virtud cristiana. Es amor, amistad, ternura, celo, benevolencia; pero nada de esto por sí solo, ni todo esto junto, es la caridad según la define San Pablo. Género humano tampoco expresaba para Cicerón la universalidad de todas las criaturas racionales; porque los paganos no reputaban dignos de la misma benevolencia a los esclavos que a los libres, ni menos comprendían ni podían concebir que el amor se extendiese y abrazara a los enemigos. «Los esclavos no son hombres», decía cierta emperatriz romana, a uno que le echaba en rostro el bañarse delante de aquéllos. Cicerón no podría concebir siquiera, con toda su caridad para el género humano, que un patrio, por ejemplo, se lanzara a las selvas y páramos del Norte para dar su vida por la salvación de lo más abyecto de todos los bárbaros. Bárbaros eran, tanto para él como para los demás romanos, todos los extranjeros. Y sin embargo, es menester admirar y hacer debida justicia a la perspicacia, a la intuición del filósofo que en medio de la nación más egoísta y de generaciones espantosamente corrompidas supo adivinar que la esfera del buen querer se extendía más allá de la familia, de los conocidos y de la patria, pasando de la ciudad al orbe.

No fué él solo; sentíase ya en la tierra el fermento del Evangelio, y Terencio pudo decir también: *Homo sum; humanum nihil a me alienum esse puto*: Hombre soy, y nada de lo humano puede ser extraño para mí. A cuyas bellísimas palabras tenemos que aplicar el mismo rasero que a las del príncipe de los oradores. El género humano no traspasa las fronteras de la libertad. Donde principiaban los esclavos concluían los hombres: harto debía saberlo el mismo poeta africano que así se expresaba.

Pero vino Jesucristo, que dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo; amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen;» y con el precepto nos dió el ejemplo, marcando clarísimamente el carácter distintivo de la verdadera caridad, esencialmente práctica y activa. Y vino San Pablo y exclamó: *Deus est caritas*: Dios es caridad. Y se levantó la tierra con la levadura de la palabra divina, y descendieron los cielos para dar el óculo de paz a la tierra redimida; y tierra y cielos quedaron como envueltos para siempre en ese ambiente de infinito amor que se llama caridad, cielos y tierra abrasados por ese dulcísimo fuego, alumbrados por un mismo sol, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo, a cuanto Dios ha creado visible e invisible, y a cuanto pueda crear.

Desde entonces el *Charitas humani generis* de Cicerón, la apropiación que de lo humano quería hacerse el gran poeta cómico latino, dado que fuesen virtudes fecundas, activas y completas en cuanto a comprender a todos, que ciertamente no lo fueron, quedaron reducidas a partículas de la inmensa virtud de caridad cristiana. Desde entonces ya no se volvió a hablar del amor al género humano en otro sentido que el que le había dado el cristianismo. Y así debía ser; ¿quién echa de menos la luz de la lámpara en pleno sol del mediodía?

Los apóstoles iban de región en región, de gente en gente, a predicar el Evangelio, a bautizar y abrir las puertas del cielo a toda criatura, sin otra esperanza ni recompensa que la palma del martirio: los poderosos, los opulentos patricios daban todos sus tesoros a los pobres y se

mantienen de yerbas en el desierto: los ciudadanos sacrificaban alegres su libertad por redimir del cautiverio a un desconocido y andrajoso; las reinas curaban por sus manos y llegaban a besar las llagas de los leproso; los reyes sentaban a su mesa a los mendigos después de lavarles los pies y les servían como criados suyos. Y todo esto y muchísimo más lo hacían sin ostentación ni aparato, procurando recatar de la mano izquierda el bien que dispensaba la derecha, creyendo siempre y creyendo con razón que, en comparación de lo que Dios ha hecho por nosotros, era pobre y mezquino lo que ejecutaban; que todo lo bueno viene de Dios, y que de nada, por consiguiente, podemos gloriarnos; y todo lo llevaban con un cariño superior al de la madre que amamanta a su hijo, con un amor completamente desinteresado y espiritual, es decir, acrisolado de toda terrenal impureza, tierno, radiante y dulce a maravilla.

Esta caridad soberanamente activa es precepto que obliga a todas las personas, en todas las edades, en todos los momentos de la vida. Es una lámpara que ha de estar siempre encendida, como nos enseña Jesús en la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes fatuas, un elemento que no huelga jamás, como no huelgan los astros, ni los seres microcópicos, ni los cuerpos celestes, ni los

con nuestra sangre; prodigio inefable, bondad infinita, caridad de que solo Dios es capaz. ¡Los ángeles! ¡Ah! esos espíritus puros que, invisibles a los ojos corporales, pero perceptibles por sus beneficios y presentidos por el alma, nos acompañan desde el primero al último suspiro de la vida, sin apartarse jamás de nuestro lado, sin descansar ni distraerse un solo instante, señalándonos siempre el camino del bien en el derrotero de la conciencia, procurando apartarnos de todo extravío; esos espíritus que nos cubren con sus alas para preservarnos de todo peligro, que recogen los átomos hasta el último aroma de nuestras buenas obras, y lo envían al cielo sin desperdiciar un átomo, que no desesperan jamás de salvarnos mientras quede en nuestro corazón un pequeño espacio para la contrición, un resquicio para la gracia, una sola lágrima de amor para nuestros ojos... esos espíritus son todo caridad.

Por eso la Iglesia adora a Dios con el culto de la latría, venera a los ángeles como medianeros del hombre, se goza en la gloria de los bienaventurados, envía sufragos por las almas del purgatorio, y se abrasa en amor del hombre, no excluyendo de su caridad ni cielos ni tierra, sino el único rincón adonde no puede penetrar el amor, que es el infierno.

Pues bien; cuando lleno el mundo de caridad no echa-

NAVARRA



LECÁROZ.—Alumnos de la Escuela de Comercio en el Colegio de los Padres Capuchinos

átomos; principio vital del alma y del universo, porque sin él, como mueren espiritualmente los hombres, moriría el mundo.

Al pobre y al rico le obligan del mismo modo; al que da salario y a quien lo recibe; es el oficio del hombre sobre la tierra y de los ángeles en el cielo; es la vida de Dios en la eternidad: *Deus est charitas*. El cristiano que no puede hacer obras corporales de misericordia, ora, y es tan caritativo como el que pudiendo hace limosnas; el que no puede rezar, lo desea, y es tan caritativo como el que reza; y el que ni aun puede desear, como el demente, como el que duerme, como el que está enfermo, es tan caritativo como el que desea orar y no puede, y ora no pudiendo hacer otras obras de misericordia, si de todas veras ha deseado amar a Dios y al prójimo todos los instantes de su vida, y mientras ha podido habitualmente lo ha practicado.

Esta caridad lo abarca todo, porque Dios es caridad. Dios creó al hombre perfecto y nos ha redimido pecadores, y por un milagro de caridad infinita se ha quedado entre nosotros, y se da a nosotros en comida y en bebida, mezclando su carne con nuestra carne, su sangre divina

ba de menos otro lazo de unión para los hombres, no había necesidad de inventar el amor a la humanidad, ni al humanitarismo, y esta palabra sólo aparece en los tiempos modernos cuando se trata de desterrar la moral cristiana para sustituirla con la moral filosófica, la caridad con la beneficencia.

El pensamiento íntimo de la revolución, no hay que dudarlo, es arrancar de cuajo en la tierra el nombre de Dios y en los cielos, lo sobrenatural. Pero como el divino espíritu lo llena todo, la misma revolución se asustó del espantoso vacío en que intentaba sumir al universo.

Este vacío es la nada; porque, en efecto, si fuera posible desterrar del mundo el nombre de Dios, todo se lo llevaría consigo; al destierro le seguirían los cielos que cantan su gloria y las obras de sus divinas manos que anuncian el firmamento.

Viendo, pues, la impiedad que es imposible llevar a cabo la empresa con tan satánico orgullo concebida, principió por declarar la guerra a todo culto, y principalmente al único agradable a Dios y verdadero.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

(Concluirá).

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

¡Vencida la muerte, te elevas al cielo!
¡Es cuna el sepulcro y es vida morir!
¡Dichoso el que muere si siente su anhelo!
¡Cuitado el que vive pegado a este suelo
Sin ver que la muerte nos lleva a vivir!

Ceñido de gloria, rasgando las nubes,
Envuelto en fulgores, con gran majestad,
Te alejas del mundo y al cielo te subes...
Te sirven de escolta divinos querubes
Que ¡hosanna! repiten: ¡hosanna cantad!

Vencido el infierno, contempla espantado
Que acaban las sombras y empieza la luz!
Que se abre la puerta que un día el pecado
Cerró; que el decreto de muerte, rasgado
Quedó para siempre; que triunfa la Cruz!

Tú subes al Padre! Sentado a su diestra
Por siglos eternos reinando estarás!
Los cielos repiten... será siempre vuestra
Tan noble victoria! Tu dicha es la nuestra!
¡Seremos un cuerpo contigo no más!

Mas ¡ay! que bañados en llanto nos dejás!
Amarga es la ausencia y es muerte vivir
De ti separados; escucha las quejas
Del pecho doliente... Señor, si te alejas,
Abrevia la prueba... ¡queremos morir!

Bendita la muerte, feliz mensajera
De goces que el alma no pudo soñar!
No existe en el mundo la paz verdadera.
Señor, que la hallemos en la hora postrera!
Que no la dilates! ¡Morir es triunfar!

RAQUEL,
(Matilde T. de Oix)



CRÓNICAS DE LA CALLE

EL CAPRICHIO DE DON RAFAEL



ON Rafael sintió un capricho, y en cuanto llegó a la villa y corte se apresuró a satisfacerlo.

¿Que quién es D. Rafael? Un hombre entrado en años y que, ya en edad madura, ha visto realizado el mayor ideal de su vida: ser rico. Y he aquí que en cuanto realizó el ideal subió de categoría insensiblemente, comenzando a ser para

las gentes D. Rafael quien hasta entonces no pasó de ser el señor Rafael. El cual tenía una pequeña industria con la que vivió malamente antes de la guerra; pero sin saber cómo ni cómo no, vió con asombro que aquellos cachivaches y productos adquirían precios fabulosos, y que las ganancias se multiplicaban en sus manos por modo maravilloso, con lo cual cambió su condición, pasando a ser dispensador de mercedes quien hasta entonces las pretendió con diversa suerte de humillación. Y así como el advenimiento de la aurora va disipando las negras nubes de la noche, así el advenimiento a mejor fortuna fué disipando para el señor Rafael las nubes de las deudas, de los muebles viejos, de los trajes pasados de moda y raídos, de la falta de comodidades y de todas las demás cosas que son inseparables compañeras de la pobreza. Por el contrario, pudo el nuevo D. Rafael dejar instalada su industria en el sitio antiguo, y trasladarse con su familia a casa nueva y espaciosa, y gozar de los encantos de un comedor bañado por el sol en invierno y discretamente sombreado en la primavera, resplandeciente de buen gusto y magníficamente surtido. Pudo gozar en verano de la variedad de los viajes, y de la novedad de los puertos de

mar, y de la animación de los grandes y caros hoteles, y pudo ir estudiando, para copiarlas, las maneras de lo que se llama gente elegante y de buen tono, para suplir la natural rusticidad de tantos años de vida angustiada. A pesar de lo cual D. Rafael no había llegado a ser dichoso.

II

Don Rafael, pasados los primeros furores del noviciado, se encontró tan disgustado consigo mismo como en los tiempos de pobreza, y sobre eso, empezaron para él y antes de tiempo los achaques.

En este momento y conjetura fué cuando, realizado su primer viaje a la corte, de donde faltaba hacía treinta años, volvió la vista a sus años de soldado y se sintió movido a realizar un capricho que no podía ser más modesto. Consistió en tomar asiento en una de esas buñolerías y cafés de pobres que eran su lugar de descanso y regocijo en los tiempos en que vestía el honroso uniforme. Allí, en compañía de sus camaradas de batallón y compañía, iba a desayunar los días que repicaban gordo; y allí fué, esperando reverdecer las alegrías de antaño en uno de los días de lo que en Madrid llaman isidrada, que dura la segunda quincena de mayo. ¡Y caso verdaderamente peregrino! Todo continuaba como cuando él lo dejó: en el fondo de la tienda, la monumental hornilla que sostiene la monumental sartén donde se bañaban en aceite hirviendo buñuelos y churros de distintas clases y formas; entre el horno y las mesas para el público, los tres arcos de azulejos blanco y azul que daban a la casa cierta apariencia de antigüedad artística, y desparramadas por el lugar destinado a la clientela, seis u ocho mesas y de treinta a cuarenta sillas, no de mala, sino de más linda apariencia.

Cuando D. Rafael entró, ocupaban dos de las mesas grupos de soldados con sus trajes chillones, y el resto, familias con muchos niños, viejas astrosas que descansaban en la casa y restauraban sus fuerzas para anudar su vida de pordioseras y pedigüeñas, y algún que otro forastero atraído por el olor de la buñolería. D. Rafael tomó asiento y pidió una porción de cosas, y hasta le pareció reconocer, en la anciana que servía a las mesas, con la cabeza blanqueando y el cuerpo encorvado, a la sobrina de otra anciana que en sus tiempos de soldado y de cabo servía a la clientela bajo las órdenes de su tía. Y aunque D. Rafael no entendía de versos, por su mente cruzó el final de una dolencia del poeta cáustico:

—Santo Dios: ¿y éste es aquél?

—Dios mío: ¿y ésta es aquélla?

Le cierto es que D. Rafael probó a comer y no pudo atravesar bocado, sea por el recuerdo de lo que fué y el contraste con lo que era, sea porque para tomar un vaso grande de café con leche, a diez céntimos el contenido, se necesita pechuga y estómago, sea porque desde que era rico sentía unos remilgos y delicadezas con vistas al catarro intestinal, a la dispepsia, a la úlcera redonda y a muchas calamidades de que andan surtidos los libros de Medicina. Mientras estaba discutiendo qué pretexto daría para levantarse y marcharse sin probar ninguna de las chucherías del capricho, he aquí que oyó echar cuentas a unos pobres que tenía al lado, y por lo visto no les alcanzaba el dinero, y casi al mismo tiempo vió cómo una niña, acompañando a un anciano, pedía unos buñuelos, los comía con avidez y después se registraba y volvía a registrarse y no encontraba en su bolsillo más que una pieza de cinco céntimos, cuarta parte del gasto hecho. Protestaba el dueño del cafetín, diciendo que aquello era una burla bien meditada; lloraba la niña, alegando haber perdido el dinero; suspiraba el anciano, y hasta se pensaba en llamar a un guardia, cuando D. Rafael se levantó, mandó devolver el dinero a todos los que estaban allí y habían pagado ya, y con tristes diez pesetas pagó por todos y mandó que el sobrante se distribuyera entre el anciano y la niña, y entre los pobres que echaban cuentas cerca de su mesa, sin alcanzarles el capital.

—¡Viva el padrino! dijeron los unos.

—Se agradece, paisano, repitieron los soldados. Y la niña, momentos antes avergonzada y corrida ante el buñolero, se acercó a decirle a *D. Rafael*:—Dios se lo pague a usted, caballero, y se lo aumente de gloria.

III

Al hacer *D. Rafael* el balance de la jornada se encontró con que aquel día había gastado muchos duros, pero solo conservaba grato recuerdo de los dos gastados en la buñolería. Y aun dentro de ese recuerdo general, lo más grato del mismo fué el haber librado de la vergüenza a la niña y al anciano, y hasta le parecía que en la oscuridad de la noche, el *Dios se lo pague* de la criatura era una especie de anuncio luminoso que brillaba con luz especial.

Y entonces se le ocurrió que el capricho le había resultado barato, pues le había proporcionado la única satisfacción del día, y que si diese algo de sus ganancias a los pobres podría sentir todos los días satisfacciones parecidas, que señalasen con rastro de luz su nueva existencia. Pues la idea que siempre tuvo mientras fué pobre y vivió acosado de necesidades, de que todas las penas y disgustos se acaban cuando se tiene dinero, se había desvanecido al tenerlo. ¡Como la dicha lejana se desvanece al tocarla de cerca y ver lo poca cosa que es y el vacío que deja en el alma, nacida para mayores cosas!

PEDRO CRESPO.



RASGOS DE LA PATRIA

Navarros distinguidos

V



INTERRUMPIDA durante ya larga temporada, por causas independientes de la voluntad, la publicación del catálogo de navarros distinguidos, la reanudaremos hoy con esta nueva serie de compatriotas nuestros beneméritos de tiempos pasados, para continuarla, con intermitencias más o menos prolongadas, en números sucesivos de LA AVALANCHA, con el fin de ir descubriendo, conforme a lo prometido, no precisamente glorias ignoradas, aunque alguna aparecerá también desconocida, sino nombres olvidados y méritos poco divulgados de otros conocidos; e importa mucho no perder de vista estas manifestaciones, repetidamente expuestas, para que ni el lector exija más, ni el autor dé menos de lo ofrecido, y que la justicia ampare por igual a todos.

D. Juan de Echeverri, nacido en Tafalla a mediados del siglo XVI, fué gran poeta, celebrado como uno de los más fáciles versificadores euskaros, siendo de loar principalmente por las brillantes imágenes y sublimes pensamientos con que dicen que adornaba sus estrofas.

Parece que escribió una aplaudida composición dedicada a la virtud y a la belleza, que en su mocedad le acreditó ya de vate inspirado, y después publicó sus poemas *Vida de Jesucristo*, *Misterios de la Fe* y *Vidas de algunos Santos*, impresos en Bayona el año 1640.

Casi todas las obras de Echeverri han desaparecido; pero se asegura que su estilo es clásico en la lengua vascuence y digno de admiración.

Fray Inocencio de San Andrés, natural también de Tafalla, fué un religioso notable por su piedad y sabiduría que, después de una vida llena de méritos, murió en Granada el año 1620.

Este distinguido tafallés escribió, por lo menos, las obras siguientes: *De la oración mental*, *De la mortificación* y *Del hombre interior*, en el año 1617.

D. Ignacio de Andueza, sacerdote navarro, vicario de Pamplona y notable teólogo, escribió *Vida y Martirio de San Saturnino y San Fermín, Patronos de Pamplona* (Pamplona, en 8.º, año 1607). También publicó el libro *Tratado del Santísimo Sacramento* (en 4.º, año 1618), y algo sobre San Ignacio de Loyola.

Fray Juan Anastasio de Arana fué natural de Pamplona, carmelita descalzo en el convento de dicha ciudad y catedrático de Teología en Zaragoza, Definidor de la provincia de Aragón y nombrado Rector del Colegio de San José en Madrid.

Murió el día 19 de mayo del año 1663, y dejó escrita la obra *Summulas morales*, que al parecer fué publicada después de la muerte de tan celebrado autor, en 1667.

Fray Manuel Domingo Gascón nació en la villa de Cortes de Navarra y fué bautizado en Mallén de Aragón el año 1718.

En 1713 tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de la Orden de Predicadores de Zaragoza, profesando el 22 de noviembre de 1732. Fué Prior del convento de Borja, Calificador del Tribunal de la Inquisición del Reino de Aragón y buen predicador. Publicó: *Sermón del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, pronunciado en la fiesta, en el convento de San Ildefonso de Zaragoza, el 18 de febrero de 1748.* (Impreso en Zaragoza, en 4.º)

Fray Miguel Ramón Zapater y López, aunque nacido en Egea de los Caballeros puede considerarse como navarro, por ser oriundo de Navarra por su madre, doña Isabel López, natural de Estella.

Fué monje Cisterciense y cronista de Aragón, y escribió varias obras; entre ellas: *La segunda parte de los Anales de la Corona y Reino de Aragón, continuando la primera del Canónigo D. Bartolomé Leonardo de Argensola* (Zaragoza, año 1607).

Respecto al P. j. suite Martín de Esparza y Artieda, conocido ya como saliente escriturario y catedrático que honra a su patria (Pamplona, según unos, y Ecaroz o Lecaroz, según otros), he de divulgar, como datos ignorados por muchos o sabidos de pocos, que fué muy admirado en Roma, según todos recordamos, y que entre sus muchas e importantes obras figuran las siguientes: *Immaculatam Conceptionem B. Marie Virginis deductam ex origine peccati originalis*. También publicó *Cursum Theologicum* (impreso en Roma y después en Lyon en 1666). Más tarde escribió: *Appendicem ad Questionem de usu licito opinionis probabilis* etc. (Roma, en 1669). Por último apareció su libro: *De virtutibus moralibus in comun...* (Roma, 1674). Y antes o después, las *Epistolas Sancti Agustini*.

No concluyo hoy sin hacer constar, como dato curioso que recuerdo perfectamente haber leído, que en el siglo XVII hubo en la Casa-palacio del Sr. de Lastanosa, de la ciudad de Huesca, si no estoy equivocado, un interesante certamen literario patrocinado por las más altas personalidades del reino; palenque de la inteligencia, al cual concurren numerosos y notables poetas y varias poetisas, figurando entre éstas las damas de Corella doña

Juana de Sierra, doña Isabel de Peralta, doña Magdalena Sánchez y doña Jerónima de Gúrpide.

En verdad que sorprende no poco la predilección que las musas de aquellos románticos tiempos tuvieron por anidar en la jocunda y exuberante fantasía de damas navarras, singularmente para espolear el fértil numen del ramillete de ricas hembras corellanas que exhibió sus preciosidades en el certamen de Huesca, promovido por el Sr. de Lastanosa, para honor suyo y utilidad de las letras.

Y aunque yo no puedo responder ahora ni nunca más que de los trabajos de investigación personal, pero no de los de copia o imitación, tengo por indudable que un autor respetabilísimo ha pregonado las anteriores noticias en un acto solemne, y debemos por tanto acoger como cierta, mientras no conste lo contrario, la afirmación de que en el siglo XVII había en Navarra poetisas de tan rico estro y recio temple, que se consideraban con



VIANA.—Dalmática del siglo XIV en la iglesia de Santa María

fuerzas suficientes para contender con ingenios peregrinos fuera de casa y en lid refida; y sierto mucho no haber averiguado los temas desarrollados de entre los ocho propuestos, y los premios obtenidos por nuestras brillantes compatriotas; mas de todas suertes debemos loar, como en justicia procede, por su inspiración, gentileza y bizarría, e inscribir en el libro de los beneméritos de la patria los nombres de las poetisas navarras doña Jerónima Gúrpide, doña Magdalena Sánchez, doña Isabel de Peralta y doña Juana de Sierra.

Y no debiendo decir ya más por hoy acerca de navarros distinguidos, desconocidos o ignorados, recojo mis apuntes para utilizarlos otro día que lo mismo puede estar cercano que lejano, según lo prometido en el primer artículo de esta serie.

JUAN P. ESTEBAN Y CHAVARRÍA.

LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA

(NOVELA)

POR RAQUEL (Matilde Troncoso de Oiz)

(Continuación)

—Qué va a ser de mí, Cecilia! continúa el joven sollozando. Para qué quiero vivir? no lo comprendes? qué haré yo de mis noches y de mis días largos, largos y sombríos como el abismo en que, por mi desgracia, he caído para siempre? Para siempre! Oh, cómo recuerdo una conversación que tuve con tía Inés, en que me aconsejaba que meditase esa breve frase, *Para siempre!* Comprendo bien el infierno; comprendo la eternidad, Cecilia... ese *para siempre* es horrible y desconsolador. Todo mal que acaba es soportable... la esperanza suaviza su rigor y fortalece al que le sufre... pero saber que nunca, nunca, acabará la desgracia que nos tortura, que no solo aumenta, sino que le da tintas sombrías de desesperación, que incita a protestar airadamente, a blasfemar, a maldecir... Cecilia, tú que tienes tanta compasión para todos los que sufren, no te compadesces de mí?... Oh, es espantoso mi infortunio! Siempre ciego, siempre triste, siempre solo en el destierro, siempre desesperado!... Sin consuelo alguno para mi vida amarga, recordaré los días de sol, el azul del cielo, las montañas verdes, el mar agitado y espumoso que tanto me gustó contemplar... recordaré aquellos bienes que no supe agradecer, aquellos goces del espíritu que no apreciaba, que por ser naturales nunca les di importancia... Cada vez que oiga decir: "qué hermosos!", sentiré la tortura de no ver lo que otros ven... mis pensamientos serán necesariamente tan sombríos como mi vida, y me volveré suspicaz, receloso, desconfiado... Nada puede interesarme, Cecilia, porque nada puedo ver... Qué don del cielo es la vista! Y nadie lo agradece porque no se sabe su valor hasta que se pierde... entonces se llora y se clama inútilmente... ¿Quién me libraré de esta penosa existencia? Oh! los que se interesan por mí deben pedir a Dios que me mande la muerte, que es el descanso, el término de todos los males. Oh que bien se estará en el sepulcro! Por qué no estoy allí?

Cecilia oye silenciosa aquel diluvio de palabras, que son el desahogo natural del corazón herido por lo irremediable, y se encuentra torpe, aturdida, incapaz de ofrecerle consuelo. Qué le dirá? cómo puede mitigar aquel dolor que como desbordado torrente lo arrastra todo a su paso? Las palabras amargas, las quejas de Job en el estercolero, abandonado y escarnecido, siempre le parecieron demasiado fuertes para la resignación de que era modelo... Cómo podrá culpar al pobre Marcial, que acaba de salir de los caminos de la indiferencia, que no tiene fe robusta, que no entiende los misterios del dolor, si se lamenta y airado se revuelve contra la mano que le hiere para curarle?... esa mano bondadosa, siempre paternal, no menos justa cuando acaricia y exalta que cuando aplasta y humilla, tan amorosa cuando castiga como cuando premia!

—Cecilia, voy a creer que no me oyes.

—Te escucho, Marcial.

—Entonces, has perdido el uso de la palabra?

—No; pero para hablarte, para decirte lo que pienso, necesario sería que te calmases, que dispusieras tu espíritu, que quisieras consolarte... Yo estoy todavía más afligida que tú, pero es porque considero las cosas desde otro punto de vista... no pensamos del mismo modo, Mar-

cial, tú lo sabes... tienes mucha razón para lamentarte, pero no la tienes para estar desesperado... Deja que el dolor, con su rudo martillo, labre la ruda piedra de tu corazón; piensa que Dios tiene muy diversos y a veces extraños medios para atraerse las almas, que son raros los caminos de su Providencia, que la felicidad no está vinculada a tales o cuales ventajas materiales, y que en medio de las amargas aguas de la tribulación puedes hallar la paz y la dicha, que el alma busca ansiosa casi siempre donde no está... Marcial, las abejas fabrican su rico panal de sabrosas mieles con el desabrído y amargo jugo de las flores... ¿por qué no has de hacer tú de la necesidad virtud, y de esta prueba tan dolorosa a que Dios te somete, salir purificado y dichoso?

—Cecilia, una cosa es predicar...

—Lo que te digo es hacederlo. No te diré que sea fácil; pero, contando con Dios, que no niega su ayuda, puede hacerse... Inténtalo, por lo menos... acepta la cruz y llévala con garbo, porque es más pesada y abrumadora si la llevas arrastrando... Piensa que cometiste una grave falta, y Dios te da tiempo y medios para expiarla... al quitar la luz a tus ojos la da a tu espíritu, y conociendo las cosas del cielo por medio de ella, fácilmente te desprenderás de las de la tierra, que son efímeras y en-

perpetua obscuridad... Y bien, ¿sabes acaso si de esas profundas tinieblas surgirá tu felicidad, como del feo capullo sale la radiante mariposa? Qué sabemos, pobres ignorantes, de los designios del Señor?...

—Oh Cecilia! ¡lástima grande que no fuera verdad tanta belleza! Hablas admirablemente y tienes el raro don de elevar la inteligencia al nivel de la tuya, para que te comprenda bien; pero una cosa es comprender y otra es sentir... una cosa es creer que lo que dices es cierto y otra abrazarlo... la voluntad rechaza la cruz, Cecilia... Se puede ser muy bueno sin padecer tanto! Estar ciego es para mí como estar en el fondo de una tumba, vivo y desesperado... es como encerrarme en un calabozo lóbrego, en las entrañas de la tierra, adonde no llegará nunca un rayo de sol, el eco de una voz, la ráfaga de brisa embalsamada con aroma de flores que hable de las bellezas del campo... Ser ciego, Cecilia, es cien veces peor que morir!...

—No, Marcial, no lo creas... ciego, puedes ser feliz todavía. Lo primero que has de hacer es serenar tu espíritu, buscar la paz del corazón, aceptar la prueba... Por todos los caminos vengo a parar al mismo término... Cuando medites un poco, cuando llamen a Dios tus labios tanto tiempo cerrados para la oración, cuando Él



El "Orfeón Pamplonés", con los obispos navarros D. Francisco Baztán y D. Eustaquio Ilundáin y el Alcalde de Pamplona D. Javier Arraiza X en el palacio episcopal de Oviedo

gañosas. ¡Qué corta es la vida, por más larga que te parezca, bajo el yugo del dolor!... qué insignificantes los goces que nos brinda, comparados con aquellos inefables que Dios nos envía para aligerar los trabajos del destierro... y luego, tras breve penar, la eternidad con Él!... "Lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento del hombre puede concebir"... Marcial, créeme, que no trato de engañarte... todavía puedes ser feliz... no puedes en los primeros momentos sujetar tu imaginación ni gobernar tu indómita voluntad, ni dejar de llorar el bien que has perdido; pero deja que el tiempo haga su labor... deja que borre imágenes encantadoras y peligrosas, sustituyéndolas por otras más ideales... deja que la gracia divina inunde los senos de tu alma, te eleve, te purifique, te haga conocer las bellezas del sacrificio, y vivirás tranquilo, dichoso... Sí, lo repito, aunque me creas loca... dichoso, con esa dicha que el mundo no conoce, que es don del cielo, que es luz maravillosa que alumbrá los caminos ásperos del dolor... Dices que has sido bruscamente separado de la vida real para quedar sumergido en

quiera darte el consuelo que no mereces... oyes, Marcial?, no lo mereces!, será un don de su liberalidad, del que, como de tantos otros, le serás deudor... entonces, cuando, humillado y contrito, confieses tu miseria y su grandeza y aceptes tu cruz, Él te dará la gracia del consuelo, de la paz, de la conformidad con su querer divino, y dirás con aquel gran Santo... "¡Qué pequeñas y despreciables me parecen las cosas de la tierra cuando miro al cielo!,"

—Cuando miro!... el santo miraba al cielo, Cecilia, y yo no lo veré jamás.

—Míralo con los ojos del espíritu, que ven más claro, Marcial!

—No soy santo...

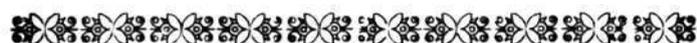
—Pero puedes serlo, o por lo menos intentarlo...

—Cecilia, todo eso que tan admirablemente dices, es muy hermoso para explicado y deseado, pero muy difícil para llevarlo a la ejecución. Porque la vida real es penosa y la teoría dista mucho de la práctica. Mis días serán siempre iguales, siempre!... Nada de distracción,

nada de alegría, nada de consuelo... soledad abrumadora de continuo... Vosotros seguiréis todos el comercio con los seres felices de la tierra, y yo nada de eso tendré... siempre solo y triste, careceré de una piadosa Antígona que me acompañe y me guíe. ¿Qué haré de las horas del día? ¿Quién se preocupará del pobre ciego para procurarle los consuelos que necesita?

—Todos, Marcial, todos los que te queremos y sentimos tu amargura... todos los que tenemos corazón y sabemos hacer nuestro el dolor ajeno.

(Continuará.)



ENJAMBRE DE ORO DE NAVARRA

BAJO LA PROTECCIÓN EXCELSA DE NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO



Os áureas plumas, la de aquella inolvidable *Raquel*, que de Dios goza, y la del inspiradísimo *J. Le Brun*, que Dios nos conserve, sembraron en estas páginas la excelsa propaganda de la "Alta Empresa de Amor". Ellos conmovieron los corazones, explicando la hermosura del sacrificio destinado a levantar un trono al dulcísimo Corazón de Jesús; ellos contaron las maravillas de las *abejas místicas*, y dirigieron a Navarra un amorosísimo llamamiento, para que el

nombre de su cristiana tierra y el nombre de la Virgen de sus amores, resplandecieran con luz de gloria en la bendita cumbre del Tibidabo.

Acudió Navarra al amoroso reclamo; inició su ENJAMBRE DE ORO bajo la protección excelsa de la Stma. Virgen del Camino; y de aquella áurea siembra, hoy llega a mis pobres manos el dulce fruto.

Un hermoso racimo de nueve abejas viene a enriquecer el Enjambre de Navarra, seis de ellas las ofrecen las Marías de los Sagrarios-Calvarios, las amadoras del Amor abandonado, que por Jesús, que por la Virgen y por su cristiana tierra quieren que entre todos los Enjambres de las regiones de España, el Enjambre de Navarra ocupe un sitio de honor.

Cuatro son los Enjambres de oro cuyo número de abejas pasa del centenar, y varios los que tienen más de cincuenta: Cataluña y la Stma. Virgen de Montserrat, Galicia y Santiago Apóstol, Zaragoza y la Stma. Virgen del Pilar, y Málaga con Ntra. Sra. de la Victoria, gozan la *primacía*. Hoy el Enjambre de oro de Navarra y Nuestra Sra. del Camino tiene sólo *once abejas*; pero éstas serán la avanzada de amor... Cuando el alma navarra, tan intensamente cristiana, comprenda la hermosura del sacrificio y en él se goce, todos los amantes del Sagrado Corazón, todos los devotos de la Stma. Virgen del Camino se privarán de un gusto, renunciarán a un placer, para entregar su importe al Enjambre de su tierra. A él han ofrecido:

3.ª	Sra. Vda. de R. (Aoiz). Un sacrificio.	10	Ptas. oro
4.ª	Una Sra. Se desprende por Jesús de una moneda querida	20	" "
5.ª	Una familia cristiana. Sacrificio de teatro	25	" "
6.ª	Una María. Sacrifica dos monedas de	10	" "
7.ª	Un Sacerdote ofrece a Jesús una moneda de	10	frs. "
8.ª	Una María. Sacrifica una moneda, recuerdo muy querido	25	ptas. "
9.ª	D.ª J. A. Importe de un sacrificio.	10	frs. "
10.ª	C. de O. Sacrificio de un recuerdo de familia.	5	ptas. "

11.ª Una María. Sacrificio de un recuerdo de familia 5 ptas. oro

¡Dios se lo pague! ¿Cuántas flores de mayo y junio recibiremos?

MARÍA VICTORIA.

Recibe las ofertas D.ª Isabel L. de Morales, Hotel Maisonnave, y por las "Marías", la Srta. D.ª Rosario Múgica, Chapitela, 21, 2.º izqda.



¡BÁTETE BIEN...!



Como eran las diez de la noche, dije a Catu:

—¡No estoy para nadiel...

En este momento, la campanilla—la terrible campanilla—sonó.

—...¡Para nadiel...—insistí.

—¡Entendidoll!

Y, porque la gustan estas consignas imperativas, Catu salió dispuesta a recibir con un bufido a quienquiera que se presentase.

Murmullos en el vestíbulo.

Catu desempeña su misión con

majestad jupiterina. Catu domina... ¡abrumal...

Sí, pero he conocido la voz que con la suya alterca... una voz dulce, vibrante y cálida... la voz de uno de los mejores de entre mis jóvenes.

Y a esa voz no resisto nunca.

Con viveza abro la puerta.

—¡¿Qué te trae aquí a estas horas?!

—Vengo a decirle adiós... Mañana, de madrugada, salgo de París para batirme.

—¿A Marruecos?

—¡Ahl... no; me batiré en las aldeas y en las tabernas; comienzo mañana mi campaña electoral.

Miréle entonces con orgullo.

Este mozo es de la generación nueva, de la que ahora pisa los umbrales de la vida pública.

Doctor en Derecho, casado desde hace dos años, poseedor de una saz grande fortuna, podría gozar de ella a lo *dilettante*, y fumar ricos londres en el balcón de la vida, mirando cómo pasa la triste humanidad.

Y, en vez de saborear libros, o soñar despierto delante de cuadros, vase por esos mundos, desciende, impulsado por el deber, al áspero terreno de las luchas políticas.

—¿Cuándo piensa volver?

—Cuando se haya terminado todo.

—¿No antes de dos meses...?

—No... y sin embargo, mi mujer espera su segundoorro para dentro de seis semanas... Pero, ¡no proteste usted! Ella misma me ha dicho: «Quédate donde un deber superior te llama. ¡Dios nos pagará esto en la persona de nuestro hijo!»

Y el gallardo mozo me contaba estas palabras con los ojos flameantes.

Quise acercarme a contemplar aquella hermosa alma.

¡Es tan grato oír otra cosa que no sea el balido de los desalentados!... ver cómo en unos ojos resplandece la fe... aunque esos ojos tuviesen noventa años!...

—Veamos, amigo mío; dime francamente cuál es tu «estado de alma».

—Es sencillísimo. ¡De lo ir!... ¡Voy!

...Debo: soy uno de los principales y de los más libres de mi tierra.

...¡Voy!... haré cuanto sea menester para vencer... Buscaré al enemigo en todos los terrenos... iré a la taberna... responderé a objeciones gastadas ya de puro manoseadas... envileceré mi pensamiento con menudas discusio-

nes de intereses materiales... bucearé en las aguas estancadas, en las charcas pantanosas.

—¿Seré duro?...

Se enderezó:

—¡Ya he empezado!... Vea... el otro día hice mi primera excursión de ensayo. Durante ella me presentaron a un rústico doctor en gramática parda, un paisano retorcido que tiene en sus manzanas a toda una aldea. Con él, en su casa, estaban hasta una docena de caseros y colonos que volvían de la feria. Para probarme, no puede caber duda de ello, el taimado labriego me brindó con un vaso de vino... vino de su cosecha...—Note usted que, de ordinario, no bebo más que agua...—Hace mal!... ¡Un francés debe beber vino de Francia!... Dios Nuestro Señor no lo ha criado, parece, para los prusianos.—¡Espere un poco!... ¡Va usted a quedar contento!... Mi hombre subió de la bodega una botella de su vino... ¡Oh, qué vino!... ¡era de color violado!

Sirvióme un vaso grande de él, y llenó otro para sí. Y a aquellas horas, cuando en París tomo el té con una pizca de exquisita crema, servido por las blancas manos de mi mujercita, ¡brindé, con el muy marrajo del aldeano, por el buen suceso de mi campaña!

Mirábame el rústico con el rabillo del ojo, y lo propio hacían los demás labriegos.

No me había equivocado... el vino era execrable, ¡y tan agrio!... ¡capaz de dar dentera a un limón!...

En otra ocasión cualquiera, para beber aquel vino me hubiera agarrado a la mesa y hubiera rogado a dos amigos que me sostuviesen... ¡Pues bien; bebí el vino, y la sonrisa no se borró de mis labios!...

—¿Cómo lo encuentra usted...?, me preguntó aquel zorro viejo.

—¡Es joven!... pero promete...

—Entonces... ¡otro vaso!...

—¡Mi mucosa se rebelaba!... Pero—dije a mi mucosa: «¡Vas a hacerme el favor de dejarme en paz, o, si no, seré yo mismo quien pida el tercer vaso!...» Mi mucosa me obedeció, como me obedecerán todas mis delicadezas, mis hábitos todos... Si salgo a campaña no es para hurtar el cuerpo y esquivar los golpes, sino para hacer morder el polvo, cueste lo que cueste, a mi adversario.

—¿Es fracmasón...?

—¡Oh! ¡hasta los tuétanos!...

A gloria sabíanme las palabras de mi joven amigo, y le dije:

—Fíjate: te portas como un padre que balbucea con su hijito...

...Como un soldado que licenciado, profesor, ingeniero, no rehúsa, en el cuartel, marcar el paso con los otros reclutas:

¡Un... dos!...

...Como un misionero, educado a las veces, a la manera de De Guébraint, en medio de aristocráticas dulzuras, y que se hace negro y amarillo para convertir a los negros y a los chinos.

...Como Cristo, que, después de haber creado el mundo, se puso al servicio de un carpintero de aldea.

¡En fin!—acabó diciendo mi joven—si soy vencido no será por mi culpa!...

Toméle afectuosamente las manos:

—¡En primer lugar, amigo mío, no serás derrotado!... Y aun cuando lo fueses, no habrías perdido el tiempo.

...Para tí, personalmente, esta campaña te temple; te consagra «hombre y ciudadano».

...Y luego, recuerda esto: *Ningún esfuerzo es perdido* ni aun el de un insecto!...

...Una campaña electoral cristiana, ¡pero si es como una labor honda de la tierra!... Te trae a la superficie, acerca a ti masas de hombres a quienes jamás se les ve. Y, en esta masa vibrante, tu palabra de apóstol entrará como una bala de cañón: ella herirá errores; matará prejuicios; pondrá inquietudes en corazones burguesamente tranquilos; provocará espléndidos sacrificios; despertará tempestades de legítimas indignaciones...

...¡Oh, sí, joven amigo, blande el arma terrible del verbo... ¡Habla a las muchedumbres con el ardimiento de tus treinta años!... ¡Háblales durante esos dos meses... alza ante ellas, sin cansarte ni desmayar, el esplendor de la Verdad!

... Y aundo fueses derrotado en el papel, tu lecho de campaña será un lecho de banderas y laureles. ¡Y sobre ese lecho pondrás triunfalmente a tu hijo, a su entrada en este mundo!

Nos abrazamos como se abrazan dos combatientes antes de entrar en batalla.

—¿Rezaré por mí...?

—¡Sí; pero bátete bien!...

Extendió el brazo y alzó la mano hacia ese Cristo que hace 25 años he pintado, y que, desde hace 25 años, colgado sobre mi mesa de escribir, preside a todos mis artículos.

—¡Que me bata bien!... ¡Se lo juro que sí!... exclamó.

—Entonces, ¡anda ya!

Y escuché cómo bajaba la escalera...

Era su paso ligero, y detrás de sí dejaba como una estela de victoria.

PIERRE L'ÉRMITE.



NUESTROS GRABADOS

Casa de Lazcano, en Betelu.—En la villa de Betelu se encuentra el edificio que reproduce nuestro grabado y en él está instalada una importante fábrica de chocolates propiedad de D. Julián Lazcano.

Los productos de esa fábrica son de elaboración muy esmerada, por lo que gozan de general aceptación en toda la Península.

Alumnos del Colegio de Lecároz.—Completando la información gráfica que publicamos en nuestro número del 24 de marzo último, damos hoy a la estampa un grupo de alumnos de la Escuela de Comercio establecida en el Colegio de Padres Capuchinos de Lecároz, en el valle Baztán.

Dalmática del siglo XIV en la iglesia de Santa María, en Viana.—La iglesia parroquial de Santa María de la ciudad de Viana, en esta provincia de Navarra, posee un hermoso terno encarnado bordado en plata dorada y confeccionado el año 1319, del que forma parte la dalmática cuyo grabado publicamos.

La fotografía de la casulla perteneciente a este terno se publicó en nuestro número del 25 de octubre de 1909.

El "Orfeón Pamplonés", en Oviedo.—Con motivo de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora la Virgen María que se venera en el histórico santuario de Covadonga se celebró en Oviedo un gran concurso de orfeones, en septiembre del año 1918.

A él concurrió el *Orfeón Pamplonés* y consiguió un señalado triunfo, obteniendo un premio extraordinario de 8.000 pesetas.

Un periódico de Oviedo, *El Carbayón*, en su número del 16 de septiembre, escribía, ocupándose de nuestra laureada sociedad coral, lo siguiente:

«EL ORFEÓN PAMPLONÉS.—Las 112 voces del orfeón navarro, obedientes a la batuta de D. Remigio Múgica, producen desde los primeros momentos la impresión del coloso entre las agrupaciones actuales.

Sen muchos, y tan bien avenidos que no hay quien los pueda.

Se manifiesta cual potencia polifónica, una verdadera cascada armoniosa que produce grato deleite.

Demuestran que están superiormente ensayados.

Los ligados son una ininterrumpida serie de filigranas y del principio al fin la atención no decae un instante.

Profesionales parecen y no aficionados. Aislados, no hay ninguno que pierda el valor del conjunto. Y claro que este había de ser insuperable.

Oyéndoles, desconocemos los tránsitos bruscos, desaparecen los recodos y entranes, sin que los agudos hieran el oído.

La partitura es tratada con todo el cariffo.

Y en cuanto a las cuerdas, todas se encuentran suficientemente cuidadas. No falta ninguna voz, y todas muy buenas.

El éxito fue rotundo y definitivo, tanto en la obligada como en «Diligam te», elegida.

Las ovaciones correspondieron al triunfo.

EL ACTA DE ADJUDICACIÓN.—«En la ciudad de Oviedo, a las siete de la tarde del día 15 de septiembre de 1918, y terminado el Certamen, el jurado se reunió en la sala de la Comisión Provincial, acordando conceder los premios en la forma siguiente:

Premio extraordinario «Covadonga», al Orfeón Pamplonés, consistente este premio en 8.000 pesetas.

Primer premio del Concurso, a la Sociedad Coral «Castro Urdiales», con 4.000 pesetas.

Segundo premio, al «Orfeón Asturiano» de Gijón, con 2.000 pesetas.

Y el premio de la obra de libre elección, de 1.000 pesetas, a la «Coral Mierense.»

El representante del «Orfeón Asturiano» desea que conste en acta su protesta, por entender que el primer premio del Concurso debiera concederse a este dicho orfeón.

Los señores del jurado contestan satisfactoriamente a las observaciones del representante aludido, manifestando que su fallo es por unanimidad.

Y para que conste firman los señores jurados, conmigo el Secretario accidental, lamentando profundamente no disponer de algún otro galardón para premiar la meritoria labor del Orfeón de Vigo, y complaciéndose en consignar un elogio especial para el trabajo del Pamplonés, considerándole como un esfuerzo cultural del más alto valor artístico.

Victor Espinós, presidente; Secundino Eanaola, Eduardo Mocoora, José Joaquín de Artola, Saturnino Fresno, vocales.»

Nuestra fotografía representa al Orfeón Pamplonés en el palacio episcopal de Oviedo, presidido por dos ilustres navarros, los obispos de Oviedo y Oreuse, D. Francisco Bastán y D. Eustaquio Itundáin, respectivamente, y el alcalde de Pamplona D. Francisco Javier Arraiza, fotografía que fué obtenida el 16 de septiembre de 1918.



MESA REVUELTA

Honroso nombramiento.—Por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide ha sido nombrado Prefecto Apostólico de la Misión de Uraba (Colombia) el virtuoso e ilustrado religioso navarro R. P. José Joaquín de la Virgen del Carmen, carmelita descalzo que perteneció al convento de esta ciudad y es actualmente Prior del convento de Burgoe.

Felicitemos por tan merecido nombramiento a la ciudad de Estella, patria del P. José Joaquín; a sus parientes, entre los cuales se hallan las distinguidas familias de San Julián y Jauregui; a la venerable Comunidad de Padres Carmelitas, y nos felicitamos también nosotros por tratarse de un simpático religioso que más de una vez ha honrado con sus escritos las columnas de LA AVALANCHA.

¡Que Dios conceda sus gracias al P. Joaquín, en el elevado cargo que se le ha confiado!



Del Centenario de Navarro Villoslada.—Hemos sabido, con verdadera satisfacción, que la Excm. Diputación de Navarra ha acordado adquirir el precioso tríp-

tico que con el lema «Gayarre» remitió el notable artista D. Federico Avrial, para el certamen del Centenario de Navarro Villoslada.

Aplaudimos por su acuerdo a nuestra Corporación provincial.



Novicio distinguido.—Leemos en nuestro colega *El Noticiero*, que el teniente de Artillería don Rafael Porta Schar, hijo del general Porta, familia conocidísima en Zaragoza, ha ingresado en la Compañía de Jesús.

Felicitémosle por su vocación.



Hay que sanear el corazón.—La Iglesia ha dado soluciones para todos los conflictos sociales: la sociedad moderna los ha ido negando sistemáticamente, y hoy recoge el fruto de sus negaciones. Todos están ahora conformes en reconocer que el mal de la generación presente está en el corazón y que, por tanto, sanar el corazón es sanar la sociedad. Ciertamente, así es; pero el corazón del hombre sólo se sana con amor, y con amor espiritual, cuyo depósito sólo se halla dentro de la mansión sagrada de la Iglesia.

Si no se sana el corazón del hombre, el mundo no tiene arreglo.

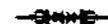


Digno de imitarse.—El gobernador civil de Murcia, señor marqués de Alquibla, muy apreciado en nuestra capital por haber residido temporadas en Pamplona, ha publicado en el *Boletín Oficial* de aquella provincia la siguiente circular, que con gusto reproducimos:

«Encarezco muy expresivamente a los alcaldes, agentes y funcionarios que ostenten el carácter de autoridad, que persigan y denuncien a todos aquellos que cometan actos contrarios a la moral, a la decencia pública y a las buenas costumbres, y en los casos en que sus facultades y atribuciones lo permitan, castiguen duramente a los que cometieran actos semejantes, y especialmente el «vergonzoso vicio de la blasfemia», desgraciadamente, generalizado.

Para evitarlo en lo posible, estoy dispuesto a proceder con todo rigor y sin contemplación alguna, imponiendo la multa de 50 pesetas a todos aquellos que sean denunciados.

Ruego, por tanto, a la preesa y a cuantas personas deseen ayudarme en esta gestión, que se sirvan darme noticia de cuantos casos de esta índole lleguen a su conocimiento, en la seguridad de que no han de quedar, una vez probados, sin su correspondiente sanción cuantos se permiten hacer uso de tan soez vicio.»



Mujeres de casa. ¿Quiénes son?—Hay todavía, por fortuna, excelentes mujeres de su casa. ¿Y quiénes son éstas, para alabarlas y dedicarlas algunos ditirambos? Son mujeres de su casa, aquellas cuya vida está toda consagrada a velar y desvivirse por la prosperidad moral y material de la familia; son aquellas que tienen su casa, como vulgarmente se dice, como una taza de plata, y llevan a sus hijos limpios como pinceles y agradables como pimpollos de flores; son aquellas que de una peseta saben hacer dos, por su buen gobierno y economía, y porque sus manos siempre activas y hacendosas crean o conservan la proporción debida entre los ingresos y los gastos. Así, así se consigue la paz y el bienestar de los suyos y se condenan los vicios de tantas holgazanías, desmanotadas y viciosas. Mujeres de su casa son las que realizan el ideal que propone nuestro laureado poeta Fray Luis de León en su libro *La perfecta casada*, y que consiste en que a fuerza de dulzura y abnegación sepan inculcar a sus esposos la idea de que en ninguna parte se han de encontrar mejor que en su casa; son, en fin, las que gracias a sus prendas naturales, a las virtudes cristianas que en ocasiones y circunstancias practican y al sacrificio que saben imponerse en todo tiempo, son amadas en vida por sus maridos, idolatradas por sus hijos, reverenciadas como santas en la muerte, y después de la muerte, recompensadas largamente por la bondad de Dios.

TODOS RICOS



NA vez, Dios Nuestro Señor llamó a San Pedro y le dijo:

—Todos los hombres claman por ser ricos. Anda, Pedro, a la tierra y dales gusto. A ver si se hartan de una vez.

Ni sordo ni perezoso, bajó a la tierra el bueno del Apóstol e hizo que un ángel tocara una trompeta, convocando a todo el género humano a una gran llanura. Algo medrosicos acudieron los mortales, sospechando si aquel trompetazo sería anuncio del Juicio final; pero cuando

oyeron de boca del Apóstol que venía para colmarlos a todos y a cada uno de riquezas, aquello fué el acabóse del jaleo y tracamundana. Gritaron hasta enronquecer y bailaron hasta descoyuntarse.

¶ Cuando se hubo sosegado un poco el cotozco empezó la repartición, en la cual no se observó otra justicia distributiva que la voluntad de cada cual. Ya lo había dicho San Pedro: «Pedid por esas bocas lo que queráis y cuanto queráis, que vuestros deseos serán colmados». Unos querían dinero, otros campos, otros casas; quién ganados, quién todo junto. Uno pidió mil millones en oro. Cuando vio semejante montón del metal amarillo, le tuvo miedo y se contentó con la mitad.

—¿No quieres nada más?

—No, señor don San Pedro— dijo el atortolado multimillonario, que antes era matarife.

—Te pesará tanto oro—dijo el Apóstol con segunda intención.

—Lo llevaré en carros—contestó el otro, entendiendo la objeción al pie de la letra.

—Otro pidió tierras, muchas tierras con ganados, masías, sembrados, arboledas...

—¿No quieres más?—preguntó San Pedro.

—No, señor.

Al principio cada rico íbase arreglando como podía. Los más positivistas que habían pedido mucho de comer y de vestir, con los inmensos almacenes de comestibles y de ropas, iban pasando tal cual la vida. Sin embargo, empezaron a aparecer sus nubecillas en el cielo de los más afortunados.

—Mujer—decía a su costilla uno de estos ricos almacenistas, antes zapatero remendón—llama a la criada y que nos traiga la comida.

—¿Qué estás diciendo? ¿No sabes que ya se acabaron las criadas?

—¿Cómo es eso? No puede ser.

—No ves que todos son ricos... ¿Quién sirve a otro siendo rico?

—Pues arréglate tú misma, y sirve la mesa.

—Antes no servía, siendo maestra zapatera, y ¿serviré ahora siendo millonaria?

—Tienes razón: no debes hacerlo. Sería rebajarte. Pero busquemos quien sirva.

Salieron afuera y toparon con el archimillonario que hacía centinela junto a su montón de oro, porque no se lo robaran.

—¿Qué haces ahí?—preguntaron los cónyuges zapateros.

—No encuentro quien me transporte ese oro, ni hay carromatos, ni hay carreteros, ni policías, ni nadie que trabaje y sirva. Y tengo hambre, y con mi oro en la mano, no encuentro qué comer. No hay mercados ni gente que venda: todos son señores, todos millonarios. Estoy desesperado.

—Vente a comer a casa—dijo el ex zapatero.

—Coged un puñado de oro en cambio.

—No queremos tu oro: queremos que nos sirvas; nos prepararás la comida; barrerás; lavarás...

—Pero ¿te estás burlando de mí?

—Nunca hablé con más formalidad; tenemos hambre y no podemos comer porque no hay quien nos sirva.

—Pues que os sirva un cuerno. Yo soy archimillonario, y teniendo lo que tengo, no voy a hacer de criado de nadie; mucho menos que ni antes, cuando era pobre, lo hice.

Los cónyuges se marchaban con la música a otra parte cuando el archimillonario, que con su montón de oro se moría de hambre probablemente, los llamó:

—Iré; os serviré—dijo—y comeré. ¡Malditos sean los millones! Y los siguió, llevándose cuanto oro pudo. Lo demás allí quedó: nadie quería guardárselo. También le ayudaron al transporte, con un buen capazo del precioso metal, el ex zapatero y su mujer. Y el pobre rico hubo de servir para poder comer.

El dueño de las inmensas campiñas, con ganados, masías y toda clase de productos de la tierra, dijo a su mujer:

—Manda matar un becerro para comer.

—No hay matarifes: todos son ricos.

—Mándaselo a un pastor.

—No hay pastores: todos son ricos, y nadie sirve a nadie.

Estaban lejos de poblado: los de las otras fincas lindantes con la suya estaban en las mismas condiciones que ellos. ¿A quién llamarían? Y había que comer. Comieron frutas de los árboles, como tristes salvajes. Pero aquello no podía durar. No tenían pan, pero tenían trigo. ¿Quién lo molería? Había un molino; pero el molinero era millonario. ¿Cómo iba a moler? El marido agarró un cuchillo, y ayudado de sus dos rollizos muchachos, mataron un becerro. Negros se vieron para despellarlo y descuartizarlo. No lo entendían ni tenían las herramientas necesarias. Cortaron buenos trozos de carne palpitante, asáronla y la comieron con buena gana. Estaban peor que antes. Y la cosa no parecía tener remedio; y hasta aquellas fincas magníficas se volverían yermas, sin brazos que las trabajaran.

Un riquísimo almacenista buscaba quien le sirviera. ¿Como si no! Otro buscaba un par de zapatos. No había zapaterías. ¿Para qué, si todos eran ricos? Otro millonario preguntaba por un sastre, pues tenía rasgadas las rodilleras, y como no vendían trajes, al menos hallaría quien le remendara aquellas brechas que parecían bocas que se refan con descaro del pobre rico... Hubo de apañarse él mismo como pudo.

No había quien lavara, no había quien cociera, no había quien vendiera, no había, en fin, quien trabajara; porque todos eran ricos (enormemente ricos).

Cundió la miseria; tuvieron que trabajar los millonarios, pero sin orden ni concierto, sin aquella ordenada división del trabajo de antes... El hambre se hizo general; hubo crímenes; hubo desgracias, y se elevó al fin hasta el cielo este universal clamoreo:

—¡San Pedro, remédianos!

No se hizo esperar el Apóstol: bajó del cielo a la llanura de marra, donde estaban todos los humanos en actitud suplicante, y dijo:

—Al fin os convencisteis. ¿No veis, desgraciados, que el ser todos ricos no sólo es imposible sino que sería un enorme disparate? ¿No veis palpablemente que es preciso que haya pobres y ricos, quien sirva y quien pague? Desengañaos; volved a vuestra antigua condición y será lo mejor. Procurad huir de la miseria; pero no os quejéis por una pobre medianía. Si sois ricos, emplead bien vuestras riquezas; si sois pobres, contentaos con vuestro estado, con el cual es más fácil entrar en el reino de los cielos. Además, mi compañero Pablo lo ha dicho: «Teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con ello.»

Dijo, y echando su bendición sobre las turbas, cada cual volvió a la antigua condición que antes tuvo, y el santo Apóstol se voló al cielo.—FR. M. SANCHO, *Mercenario*.

A los señores sacerdotes

Ramos para iglesias, en talco y tela, en todos colores y formas. Precios económicos.
Valentina Andía, San Lorenzo, 31, 1.º Pamplona.

Medicamento de Familias * * *

Adoptado de R. O. por los Ministerios de Guerra y Marina y recomendado por la Real Academia de Medicina

Toda clase de Vómitos y Diarreas en niños y adultos. Se curan pronto y bien con los Salicilatos.



tos de Bismuto y Cerio de Vivas Perez. Así lo afirman indiscutibles autoridades médicas.

De venta en las principales farmacias y almacenes de drogas del mundo.

LOS MEJORES CALZADOS CASA DE LLORENTE

Mayor, 9, PAMPLONA

CAJA DE AHORROS DE "LA VASCONIA" HUCHAS METALICAS

LA VASCONIA, Sociedad anónima de Banca y Crédito, ha implantado en su Caja de Ahorros las huchas metálicas que tanto éxito han alcanzado en el extranjero y en varias provincias de España, con cuyo sistema se fomenta la virtud del ahorro que tantos beneficios proporciona al que la practica. Es la primera Sociedad que establece este servicio en Navarra.



El dinero ingresado en estas huchas y depositado en la Caja de Ahorros de LA VASCONIA, produce al imponente un interés de tres por ciento anual que se computa por decenas, y es dinero disponible a la vista todos los días laborables, mañana y tarde.

LA VASCONIA facilita gratis a sus clientes estas huchas en las condiciones que se darán a conocer al que lo desee.

SOMBRERERIA DE AZNAREZ

Sombreros para señores sacerdotes, desde 8 a 30 ptas
Solideos y gorros. Bonetes a 1'50 pesetas.

Empleado desde hace veinte años por toda clase de personas, cada día es más apreciado y recomendado por los médicos más amantes de la verdad, a quienes proporcionó grandes satisfacciones.

Las personas que sufren Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad, Inapetencia y Menstruaciones difíciles, ven desaparecer sus padecimientos y las convalecientes se fortalecen en forma inesperada, mucho más si emplearon constituyentes extranjeros y aún nacionales, no en tan buen estado de asimilación y tolerancia.

Los informes que figuran en el prospecto, de las más sólidas reputaciones médicas españolas, prueban lo expuesto.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
DEPÓSITO GENERAL: Farmacia de Vivas Pérez - ALBÉNIZ
Se envía en frasco de muestra al que lo pide al autor, acompañando 75 céntimos para franqueo

FUNDICION DE CAMPANAS

— DE —

ISIDRO ALBIZU

DESCALZOS, 71, PAMPLONA

En esta Casa, que ha merecido la recomendación de la Autoridad superior eclesiástica, se hacen campanas de todas formas y tamaños con bronce de primera clase. Los únicos metales que se emplean para la aleación son cobre y estaño inglés superior, en proporción para obtener fino bronce campanil. Se refunden las viejas y se garantizan para dos años.

Zapatería de P. REPARAZ

Eslava, 1, Pamplona

SUCURSALES EN TAFALLA Y SANGÜESA

Abundante y variado surtido en calzado de todas clases, construido en sus talleres.
Precios sin competencia.

SE SIRVEN LAS MEDIDAS EN OCHO HORAS

Es el mejor tónico y nutritivo.

apetencias, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, &
CARNE PEPTONIZADA PEPTONA DE LECHE
Farmacia: León, 13--Laboratorio: Granada, 5--Madrid

TENGO SIEMPRE

Diplomas, medallas, cintas y reglamentos para Hijas de María, medallas y cintas para el Apostolado de la Oración, y reglamentos, cruces y patentes para celadores y celadoras de dicho Apostolado.

Librería de García, Estafeta, 31

MNEMOTECNOGRAFIA

Arte gráfico del cultivo y desarrollo de la memoria.

— TERCERA EDICION —

Método natural, ideológico y fácil. Nada de memorismo. Resultado sorprendente. Texto en 4.º con centenares de grabados. Pídase al autor, Dr. Ros Ráfales, catedrático del Instituto de Guadalajara, calle de Barrionuevo CH, acompañando el importe, seis pesetas. Contra reembolso postal, 6'50 pesetas.

RELOJERIA Y OPTICA

CASA ARRILLAGA

Fundada en 1830

En esta casa se venden anteojos de cristal de poca periscopicos y las demás clases que prescriben los señores oculistas.

Zapatería, 50, PAMPLONA

TELÉFONO 362

Novísimas ediciones de la Teología Moral, por el P. Ferreres y por D. Federico Santamaría, a 25 y 15 pesetas, en pasta. Codex juris canonico, edición en 4.º, 10 y 12; «Summarium Theologiae moralis», por Arregui o por Ferreres, a 6; «Graduale», «Liber usualis», «Vademecum musical religioso», por Albéniz, a 16, 8 y 6.—Librería de García, Estafeta, 31.